

terla á su propia autoridad. El sacerdocio necesita esclavos que no vean más que por sus propios ojos,, (1).

El cristianismo, dígame lo que se quiera, no gusta más de la libertad política que de la libertad de pensar. Para sostener que favorece á la libertad, hay que desmentir la doctrina cristiana. ¿No es la iglesia la que ha inventado el derecho divino de los reyes? Y ¿no ha santificado sus usurpaciones al ponerlas bajo la salvaguardia del cielo? ¿Hay una máxima más propia para corromper á los reyes ni más funesta para los pueblos que la que persuade á los unos y á los otros de que *los reyes no son responsables de su conducta más que á Dios?* Pues esa es la doctrina enseñada por los padres de la iglesia y por Bossuet: "Diciendo á los soberanos que no tienen otro juez más que la divinidad, se han destruido todos los diques que podían contenerles; y arrastrados por las malas inclinaciones que todo contribuye á darles, no encuentran ya obstáculos ni en el juicio de los hombres ni en el poder de las leyes,, (2).

De ahí la depresiva doctrina de la obediencia pasiva que reduce á los hombres al estado de bestias: "El cristianismo, dice d'Holbach, se vana gloria de haber traído á los hombres una dicha desconocida en los precedentes siglos. Verdad es que los Griegos no han conocido los derechos divinos de los déspotas; no entró jamás en la cabeza de los gentiles la idea de que el cielo no quería que una nación se defendiese contra una bestia feroz que la asolaba insolentemente. La religión cristiana sentó el principio de que los pueblos debían renunciar á la defensa legítima de sí mismos. De este modo las naciones cristianas desconocen la primera ley de la naturaleza, que quiere que el hombre resista al mal y desarme á cualquiera que pretenda destruirle,, Se sostiene, y Montesquieu se ha hecho el órgano de esta lisonja, que la religión es el único freno de los príncipes. "¿Cómo había de servir de freno á las pasiones de los reyes cuando por sus mismos principios les suelta las bridas? Ella los transforma en divinidades cuyos caprichos no es lícito resistir jamás,, (3). ¡Y se habla de freno! "¿Vemos acaso que ese imaginario freno sea

capaz de contener las pasiones que todo conspira á sembrar, alimentar y fomentar en sus corazones? Por poco que consultemos la historia, nos enseñará soberanos ortodoxos, religiosos y hasta fanáticos, pero al mismo tiempo perjuros, usurpadores, adúlteros, ladrones, asesinos, hombres, en fin, que obran como si no temiesen al Dios que adoran con los labios. No es en el cielo, es en la tierra donde hay que buscar barreras eficaces que oponer á las inclinaciones impetuosas de los señores del mundo. Leyes, una buena constitución..... hé ahí los verdaderos medios de impedir á los reyes se conviertan en tiranos,, (1).

¿Cómo Montesquieu ha podido ver en la religión una garantía contra los excesos del poder arbitrario? ¿No existe en todas partes un pacto entre los monarcas y el sacerdocio? Éstos dicen al déspota: "Comete todos los crímenes que quieras, y nosotros te los absolveremos; tiraniza á los demás, pero sé devoto á nosotros. El cielo te entregue tus pueblos con tal que respetes los derechos sagrados del sacerdocio; obedécenos y haremos que te obedezcan como á los dioses,, (2). Á esto se llama declamación y calumnia. Si la forma es declamatoria, el fondo, por desgracia, es demasiado cierto. ¿Qué reyes hubo más devotos, más religiosos en el sentido católico que Luis XI, Carlos V, Felipe II, María Stuardo, Luis XIV y Jacobo II? "Yo creo, añade d'Holbach, que las naciones no tienen mayor azote que temer que un déspota ignorante y supersticioso,, (3). El libre pensador tiene razón, y la tiene también cuando deduce que es á la religión á la que los hombres son deudores del horrible despotismo que en el siglo XVIII imperaba aún sobre toda la tierra. Cuando menos, es cierto que el catolicismo era en todas partes el aliado del trono. Y uno de los grandes crímenes que los defensores de la iglesia imputaban á los filósofos era el de que destruían la monarquía con sus principios de libertad. ¡Esa monarquía tan del agrado del clero era la de Luis XV! La acusación se ha vuelto contra los acusadores, y ha venido á ser un título de gloria para los acusados.

Los incrédulos tienen aún otro cargo que hacer al catolicismo. Á ellos se les acusa de ser los

(1) *Système social*, parte 2.<sup>a</sup>, c. ix.—*Le Christianisme dévoilé*, página 6.—*Le système de la nature*, t. 1., p. 306, nota.

(2) *Système social*, parte 2.<sup>a</sup>, c. x.

(3) *Histoire de la superstition*, t. 1, p. 124.

(1) *Histoire de la superstition*, t. II., p. 94.

(2) *Système social*, parte 1.<sup>a</sup>, c. III; parte 2.<sup>a</sup>, c. vi.

(3) *Le Bon Sens*, §§ 143, 146, p. 196, 201.

enemigos del trono. Pues ¿quién ha inventado la máxima de que *se debe obedecer á Dios antes que á los hombres?* Y ¿quién ha hecho creer á los pueblos que obedecer á los sacerdotes es obedecer á Dios? Esa sola máxima bastaría para hacer al cristianismo tradicional incompatible con la soberanía civil: "Un cristiano, dice d'Holbach, no puede obedecer á los jefes de la sociedad sino cuando las órdenes de éstos sean conformes á las voluntades arbitrarias y muchas veces insensatas de su Dios. Pero ¿quién decidirá si las órdenes de los soberanos son ó no conformes á los preceptos de ese Dios? Los ministros de la divinidad, intérpretes de los oráculos, confidentes de sus secretos. De este modo los súbditos deben estar en un Estado cristiano más sumisos á los sacerdotes que á los soberanos. Y hay más: si el soberano ofende al Señor, es decir, si no está sometido á sus sacerdotes, su corona y hasta su vida están en peligro. Cien veces el fanatismo ha puesto las armas en manos de los súbditos contra su legítimo soberano. Los sacerdotes fueron siempre los árbitros de la suerte de los reyes, y les importa muy poco que todo se trastorne, con tal que la religión sea respetada y que permanezca intacta su autoridad,, (1).

Ahora ya sabemos por qué los incrédulos rechazaron el cristianismo; querían emancipar el espíritu humano y reivindicar para él la libertad de pensar. ¿Qué obstáculo encontraban para ello en su camino? ¿Quién se obstinaba en tener encadenada la razón? La Iglesia: había, pues, que combatir á la Iglesia para conquistar la más legítima de las libertades, la libertad de la razón. Los incrédulos querían también poner término al vergonzoso régimen de la monarquía absoluta; y ¿quién la defendió contra ellos cuando estaba representada en un Luis XV? La Iglesia. Había, pues, que quitar de en medio á la Iglesia para dar la libertad al mundo. Los incrédulos querían que el Estado fuese independiente y soberano, porque, según ellos, la soberanía pertenece á las naciones, y debe ser completa é indivisible. ¿Quién enseñaba que la Iglesia tiene un poder directo ó indirecto sobre el Estado? ¿Quién pretendía hacer de la autoridad civil un instrumento de la ambición eclesiástica? Las gentes de iglesia. Era necesario destruir la Iglesia para emancipar el Estado; era necesario destruir-

la para dar libertad á los pueblos y á los individuos. ¿Quién estaba en lo cierto, los incrédulos ó la Iglesia? Los principios defendidos por los incrédulos y por los ateos están hoy consignados en nuestras constituciones, mientras que la Iglesia se ve reducida á renegar de su historia.

N.º 2.—*La moral religiosa y la moral de los libres pensadores.*

I

Los incrédulos, los ateos del anterior siglo, no quieren ya religión; pero ¿qué entienden por religión? Para ellos, la religión se confundía con la revelación sobrenatural. Oigamos al ateo de los ateos, al baron d'Holbach: "Toda religión supone, á más de las relaciones entre Dios y los hombres, alguna manifestación de la divinidad, una revelación. Hay revelaciones hechas á diversos pueblos de la tierra; ¿cuál de ellas es la verdadera? ¿Es la que da idea más clara de la divinidad? Todas hacen un principio del propósito de ahogar la razón, de impedir el examen, de proponernos misterios; todas nos muestran un Dios incomprendible, oráculos ininteligibles, leyes opuestas á las luces del buen sentido; todas nos sujetan á la autoridad de los hombres.,, D'Holbach concluye que no hay verdadera religión en la tierra, que los hombres no tienen más que supersticiones (1). Si se identifica la religión con la revelación, la consecuencia que sacan los ateos es irrefragable; y sólo hay que admirar la ceguedad de los ortodoxos en sostener que fuera de la religión cristiana no hay más que error y condenación, sin sospechar que empujan á la humanidad hacia el ateísmo. Pero si la religión es ante todo la regla de nuestros deberes, la conclusión de los ateos no puede menos de ser falsa. Vamos á ver que ellos mismos sostienen la religión bajo la forma de la moral.

Hablar de la moral de los ateos parecerá un sarcasmo. Cierto es que si nos hubiéramos de atener á sus principios filosóficos, sería necesario decir que destruyen la moral. ¿Puede haber cuestión acerca de una ley norma de las costumbres, cuando el hombre no es libre ni es responsable? Pues hé aquí lo que Diderot escribe en el seno de la amis-

(1) *Le Christianisme dévoilé*, p. 128-130.

(1) *Histoire de la superstition*, t. 1, p. 28.

tad: "Examinadlo de cerca, y veréis que el nombre de libertad es una palabra vacía de sentido, y que no hay ni puede haber ser alguno libre; que nosotros no somos más que lo que conviene al orden general, á la organización, á la educación y á la serie de los sucesos..." Si no hay libertad, no hay tampoco acciones que merezcan elogio ó vituperio; y Diderot lo dice así con todas sus letras: "No hay vicio ni virtud, nada que sea necesario recompensar ó castigar," (1). Hé aquí la inmoralidad en toda su desnudez. Pero se ha dicho bien, y más de una vez, que no se debía juzgar á los filósofos del siglo XVIII por sus principios, y esta no es una disculpa imaginada *a posteriori*; ellos mismos van á decirnos cuál es su moral.

Si hubiesen sido consecuentes, deberían haber negado en absoluto la moral; pero están tan lejos de eso, que para ellos la moral es una religión. Dejemos hablar al barón d'Holbach: "La moral está hecha para arreglar sin distinciones la suerte de los hombres; para ellos, es la virtud la cosa más importante; ella debe mandar á los príncipes, dirigir á los gobiernos, inspirar la legislación, fijar el derecho de gentes y ser la verdadera brújula de las naciones y de los individuos; ella basta para hacerlos dichosos, y tiene un derecho á sus homenajes y á su culto. En una palabra, la moral es la única religión necesaria al hombre," (2). ¿Por qué rechazan los incrédulos el apoyo de la religión que consolida la moral? Porque, según ellos, la religión vicia la moral. Aquí necesitamos entrar en algunos detalles, como lo hemos hecho respecto al ateísmo de los libres pensadores. Si se dice simplemente que los ateos rechazan la moral religiosa, se les condena sin conocerles; es necesario oír las razones que alegan para declarar la moral incompatible con la religión.

D'Holbach pregunta qué se debe entender por virtudes. "Son, dice, disposiciones habituales que se encaminan á la dicha y á la utilidad real de aquellos con quienes vivimos en sociedad. ¿Es eso también lo que la religión cristiana entiende por virtudes? Según ella, son disposiciones que es imposible tener sin gracias sobrenaturales; de modo que las virtudes de los gentiles, aunque se llamen Sócrates y Marco Aurelio, son falsas virtudes y pe-

cados gravísimos. En cambio las virtudes cristianas son inútiles y hasta incómodas á nosotros mismos y á los demás con quienes vivimos. La moral cristiana es verdaderamente una moral del otro mundo; no tiene otro objeto que el hacer que los fieles se disgusten de la tierra para aficionarles únicamente á un cielo del cual no tienen idea. Y para ser dichosos en ese mundo desconocido, debemos impedir el uso de nuestra razón, es decir, cerrar los ojos, para dejarnos guiar por nuestros sacerdotes," (1).

Nada más cierto que esa crítica: el cristianismo es una religión del otro mundo, y lo mismo su moral. La causa primera de ese extravío está en el espiritualismo evangélico, del cual se querría hacer un ideal de perfección. ¿Es un ideal el que el celibato y el matrimonio no son más que un remedio contra la concupiscencia? ¿No dice bien d'Holbach que esas ideas están lejos de favorecer la población, que es lo que constituye el cimiento y el poder de un Estado? Hubiera debido añadir que esa degradante idea del matrimonio ya no es la nuestra, y que, por lo tanto, nuestra moral es superior á la del Cristo. ¿Es también un ideal el condenar á los ricos y á las riquezas? Los buenos cristianos abandonarían el comercio y la industria; y si comprenden los preceptos de su Maestro, se guardarán de hacer la guerra, aunque sea para defenderse: ¿no deben amar á sus enemigos y soportar las injurias? Tampoco se defenderán en justicia y se dejarán robar y despojar. ¿Es también un ideal esa longanimidad que abre la puerta á las iniquidades y á los crímenes? Si se conformase á ese ideal la sociedad, no existiría veinticuatro horas; y si se sostiene, es porque los cristianos, admirando la doctrina de su Divino Maestro, se apartan de ella en la práctica y siguen la inclinación natural, á riesgo de condenarse (2).

En los primeros siglos se esforzaron los cristianos en practicar la singular perfección predicada por Jesucristo. Y ¿qué resultó? Que se poblaron los desiertos de anacoretas que, huyendo de la sociedad, privaron de apoyo á sus familias y de ciudadanos á su patria, para entregarse á una vida contemplativa y ociosa. De ahí las legiones de monjes que creyeron merecer el cielo consagrán-

(1) DAMIRON, *Mémoires sur la philosophie du dix-huitième siècle*, t. 1, p. 321.

(2) *Histoire de la superstition*, t. II, p. 141.

(1) *Lettres à Eugénie*, FRÉRET, t. I, p. 194.

(2) *Le Christianisme dévoilé*, p. 191, 192.—*Histoire critique de Jésus-Christ*, p. 182-188.

dose al celibato y á la inacción; y por efecto de esas fanáticas preocupaciones, se ven todavía una multitud de hombres haciendo votos para permanecer toda su vida inútiles y miserables (1). El cristianismo se condecera con esos santos personajes; bien puede ser que sean santos; pero ¿qué es un santo? "Un hombre que reza, que ayuna, que se atormenta, que huye del mundo y que, como el buho, se complace en la soledad. ¿Es esa la virtud? Un ser de esa calidad, ¿es bueno para sí mismo y útil para los demás? Teme la ciencia como nociva á la fe; esquivá la industria como un medio de adquirir riquezas que son funestas para la salvación; renuncia á los honores y á los empleos, porque todo eso le impediría pensar en la salvación de su alma," (2). Si los santos son hombres perfectos á los ojos de la Iglesia, á los ojos de la sociedad son mentecatos. La perfección tan decantada del Evangelio conduce á la locura. "Suponed, dice Diderot, que á 20 000 habitantes de París se les antojase conformar estrictamente su conducta al sermón de la Montaña; pues habría tantos locos, que el superintendente de policía no sabría qué hacer de ellos, porque no cabrían en nuestras casas de reclusión," (3). Es una locura de la que hace mal la Iglesia en estar orgullosa, porque se la encuentra entre aquellos á quienes ella llama infieles en mayor grado todavía que en los desiertos de la Tebaida y que dentro de los claustros. "¡Insensatos á quienes reverencia la credulidad y admira la superstición como tipos de virtudes! ¿Qué hemos de ver nosotros en esos desesperados, exclama d'Holbach, más que melancólicos cuya demencia se alimenta con la idea de un Dios bárbaro, ó bien orgullosos que se complacen en distinguirse del común de los mortales? ¡Penitentes insensatos, creéis servir á un Dios bueno haciéndoos enemigos de vosotros mismos!" (4). Los libres pensadores llegan á esta conclusión: que no hay nada de común entre la virtud y la santidad. "Es virtuoso, dice Helvetius, aquel que hace el bien de sus conciudadanos: la virtud encierra siempre la idea de alguna utilidad pública; pero no así la santidad. Un santo se impone la ley del silencio, macera sus carnes todas las noches, se alimenta de legumbres cocidas, duer-

me sobre la paja y ofrece á Dios su propia suciedad y su ignorancia, y se le decora con la aureola de gloria!" (1). Suponed que todos los hombres sean santos; ¿qué llegaría á ser el mundo? El argumento está repetido bajo mil formas por los incrédulos y es capital. En vano dirán los defensores del cristianismo que los incrédulos exageran y que hacen la caricatura de la santidad cristiana; exageran tan poco, que ni siquiera descubren toda la locura que encierra la perfección evangélica. Dejemos á un lado los excesos y atengámonos al ideal. El ideal de perfección de los seres sociables, ¿no debe encaminarse á formar una sociedad perfecta? Pues la primera condición de la perfección imaginaria es la de que hay que huir del mundo. ¿No tiene razón d'Holbach al decir que los pueblos volverían al estado salvaje si tomasen por lo serio el Evangelio? "Se verían seres feroces que romperían todo vínculo social, que no harían más que rezar y gemir en este valle de lágrimas, y que no tendrían otra ocupación más que la de hacerse desgraciados y hacer á los demás á fin de merecer el cielo. Si en los Estados cristianos se ve alguna actividad, si en ellos se encuentra ciencia y costumbres sociales, es que, á despecho de sus opiniones religiosas, la naturaleza somete á los hombres á la razón y los obliga á trabajar en su felicidad," (2).

Si la sociedad subsiste, es porque no se practica la moral del Evangelio. Y ¿es que deja de practicarse por su sublimidad? Los incrédulos responden que es impracticable porque es falsa; es una moral antisocial que si se observara conduciría infaliblemente á la ruina de las naciones. La humanidad necesita una moral social. Ese es el cargo más grave de los filósofos contra la moral religiosa; porque, como de costumbre, imputan á la religión todos los vicios que encuentran en el catolicismo. "La moral religiosa, dice d'Holbach, hace santos, la moral política forma ciudadanos; la una hace hombres inútiles y hasta perjudiciales al mundo; la otra tiene por objeto formar miembros útiles para la sociedad, capaces de servirla llenando los deberes de esposos, de padres, de amigos y de asociados. El fanatismo y el entusiasmo son la base de la moral del Cristo. En la tierra se necesitan virtudes humanas, virtudes reales que

(1) *Le Christianisme dévoilé*, p. 157.

(2) *Le Bon Sens*, § 162, p. 230.

(3) DIDEROT, *Entretiens d'un philosophe* (*Œuvres*, t. 1, p. 269).

(4) *Histoire de la superstition*, t. II, p. 102.

(1) HELVETIUS, *de l'Homme*, sec. IV, c. XX.

(2) *Le Christianisme dévoilé*, p. 198, 28.

sostengan al hombre y le den energía y actividad; las familias necesitan de vigilancia, de afecto, de trabajo, y hace falta á todos los hombres el deseo de procurarse placeres legítimos y de aumentar la suma de su bienestar. La moral política nos enseña que debemos cumplir con nuestro deber de ciudadanos, tratar de ser útiles á nuestros asociados, servirles, consolarles y alentarles. La moral religiosa amortigua la actividad humana y la aniquilaría si no encontrase un obstáculo en la naturaleza; las virtudes que predica son virtudes pasivas: paciencia, resignación, obediencia y humildad. El hombre que está llamado á hacer y no á fantasear necesita virtudes activas, (1). Es decir, que el ideal de la moral filosófica es el reverso de la moral religiosa. El primer consejo que los moralistas cristianos dan á los fieles es el de huir de la sociedad para trabajar en su salvación. Al contrario, los filósofos dicen al hombre: permanece en la sociedad, para la cual te ha hecho Dios, y sirve á tus semejantes. ¿Quién está en lo cierto, los ateos ó los discípulos del Cristo? ¿Cosa notable! Los mismos cristianos abandonan el ideal de la perfección evangélica; ya no se les ve retirándose á los desiertos; y ¿qué digo? los frailes, que otro tiempo buscaban los parajes solitarios, llenan ahora nuestras ciudades, y á cada paso se encuentran esos aparecidos de otra edad, tratando de hacerse lugar en este mundo. ¿Por qué no se han quedado allá?

Ahora se comprende por qué los incrédulos quieren emancipar la moral de la influencia de la religión. Y tienen todavía otras razones para secularizar la moral. La que se llama moral religiosa está necesariamente subordinada al sacerdocio, y éste ha creído siempre y en todas partes que necesitaba dejar ciegos á los pueblos para que sirvieran á engrandecerle, persuadiéndoles que de ese modo cumplían sus deberes para con Dios. ¡Y había de consentirse que llegaran á ser árbitros de las costumbres unos hombres interesados, ambiciosos y avaros! “Los dogmas, las ceremonias, la moral y las virtudes que prescriben todas las religiones del mundo han sido calculadas visiblemente para aumentar el poder ó los emolumentos de los ministros del culto. La moral y las virtudes religiosas con-

sisten en una fe sumisa que impide razonar, en una humildad devota que asegura á los sacerdotes la sumisión de sus esclavos, en un celo ardiente cuando se trata de religión, es decir, del interés de los sacerdotes, (1). En este orden de ideas no hay ninguna garantía para el cumplimiento de los deberes más imperiosos de la moral. “Dios debe ser antes que las criaturas; hay que obedecerle antes que á los hombres. Pero los intereses del cielo, ¿no son acaso los intereses de sus ministros? Luego los sacerdotes, so pretexto de la gloria de Dios, pueden dispensar de los deberes de la moral humana, (2). ¿No es eso viciar la moral en su esencia?

D'Holbach cita como ejemplo de esa subordinación de la moral á los intereses de los sacerdotes el asilo que la Iglesia ofrece á los malhechores. “¡De ese modo, exclama, el sacerdocio hace á su Dios protector y cómplice del crimen! ¡Y, por otra parte, hace quemar á ciudadanos virtuosos tan sólo por sus opiniones! ¿Cuáles pueden ser las ideas morales de un Español, de un Portugués ó de un Italiano, que ven unidos al poder espiritual y al temporal para someter á los más refinados tormentos á un judío, á un hereje, á un hombre que por ligereza haya emitido opiniones un poco libres acerca de la religión ó que haya infringido algún mandamiento de la Iglesia, mientras ven que el templo de su Dios ofrece seguro asilo á un asesino cuyas manos humean aún con la sangre de sus semejantes? (3). ¡Hé ahí el funesto efecto de la moral religiosa! Es una moral dictada por el interés de una casta para la cual todos los medios son buenos cuando se trata de conservar ó de aumentar su poder. ¡Y aun no hemos acabado!

En la moral religiosa, las virtudes reales están sustituidas por virtudes artificiales: “Nada más ridículo, nada más extravagante que las virtudes de que hacen depender los favores del cielo sus ministros. Uno dice á su pueblo que corte el prepuicio á sus hijos; que se lave con frecuencia; que se abstenga de ciertas carnes abominables á los ojos del Señor; que ofrezca frecuentes sacrificios; que observe ciertas pequeñas ceremonias con el mayor escrúpulo. Otro prescribe como punto capi-

(1) *Histoire de la superstition*, t. II, p. 52.

(2) *Le Bon Sens*, § 68, p. 242.

(3) *Histoire de la superstition*, t. II, p. 171.

tal para la salvación eterna que el hijo, ya culpable antes de nacer, sea regenerado en las aguas del bautismo. Se dirá: ¿qué importan esas prácticas si no impiden cumplir las demás obligaciones que la moral impone? Desgraciadamente es tal la estupidez de los devotos, que se imaginan haber cumplido todos sus deberes cuando han hecho servilmente lo que les ha mandado el sacerdote. ¡Las abluciones, los sacrificios, las ceremonias, los misterios son para ellos todas las virtudes! (1).

Si hay virtudes artificiales en la moral religiosa, hay también pecados y crímenes artificiales. La religión nos enseña á considerar como los mayores crímenes ciertas acciones indiferentes en sí mismas. Diderot hace una amarga crítica de esta perversión del sentido moral. Permitásenos citar sus palabras, aun cuando sean malsonantes; es un diálogo entre un filósofo y una gran señora, una generala. El filósofo la dice al oído: “Generala, preguntad al cura de vuestra parroquia cuál de estos delitos es el mayor: orinar en un vaso sagrado ó manchar la reputación de una mujer honrada. El primero le hará estremecer de horror, lo llamará sacrilegio; la ley civil participa del mismo extravío; y mientras que apenas hace caso de la calumnia, condena al sacrilego á la hoguera. ¿Quién ha embrollado así las ideas? ¿Quién ha corrompido hasta tal punto los ánimos? La moral religiosa. La generala se ve obligada á confesar que el filósofo tiene razón, y añade: “Conozco más de una mujer que tendría escrúpulo de comer carne en viernes y que...” (2). Nos detenemos: ¿quién no conoce mujeres y hombres de esta especie? ¡Pilares de iglesia que no tienen sentido moral! Y volvemos á decirlo: ¿quién los ha pervertido? La moral religiosa.

No es esto todo. La fe vicia la conciencia hasta el punto de que los crímenes son reputados por virtudes y las virtudes por crímenes. ¿Cuál es el primer derecho y el primer deber del hombre sino pensar con libertad? ¿Puede haber moral si no se desenvuelve y ejercita la razón? ¿Y cómo ha de hacerlo si no es libre? Pues la Iglesia reprueba el libre ejercicio de la razón en cuestiones de fe; sus más ilustres doctores dicen unánimes que la herejía es el mayor de los crímenes. Si la herejía

es un crimen, la persecución es un deber; ¡y los autos de fe, las guerras de religión y las *dragonadas* son obras agradables á Dios! ¡Después de haber falseado de ese modo el sentido moral, viene alabándose la religión de que ella sola tiene una moral! ¡Y se atreve á culpar de inmorales á los hombres por el solo hecho de haber salido de su seno!

La Iglesia ha desarrollado prácticamente sus ideas durante siglos. Por los frutos se conoce el árbol. ¿Cuáles son los países en que es mayor la inmoralidad? Aquellos en que reina la superstición, dice d'Holbach: “En España, Portugal é Italia, donde se ha fijado la secta más supersticiosa del cristianismo, los pueblos viven en la más vergonzosa ignorancia de sus deberes: el robo, el asesinato, el desorden llegan á lo sumo. La religión, cómplice del crimen, ofrece asilo á los delinquentes y les presta medios fáciles de reconciliarse con la divinidad. Las oraciones, ciertas prácticas y ceremonias dispensan, al parecer, á los hombres de tener virtudes. ¡Hé ahí en lo que se ha convertido la moral en los países que se precian de conservar el cristianismo en toda su pureza! (1). ¿De qué sirve, pues, la moral religiosa? No es útil más que á los sacerdotes, responden los incrédulos, porque está hecha á la medida de sus intereses. Por lo demás, mata la conciencia; no se sabe ya lo que es virtud ni lo que es vicio; la virtud es aquello que es útil al sacerdote y crimen lo que le perjudica. ¡Y para falsear el sentido moral se hace á Dios cómplice de esa política de bribones! ¿Qué hay, pues, que hacer para regenerar la moral? Desligarla de los vínculos del dogma; emancipar al hombre del yugo de la superstición. “Solamente la razón hace mejores á los hombres, (2).

## II

Los defensores del cristianismo oponen á estas acusaciones la caridad cristiana, y pretenden que los filósofos la han robado del Evangelio. Si los filósofos son ladrones, son también ingratos, porque hacen una viva crítica de la caridad, tal como la entiende la teología y como la practican los sacerdotes. La caridad cristiana es, ante todo, una

(1) *Histoire de la superstition*, t. II, p. 78-81.

(2) DIDEROT. *Entretien d'un philosophe* (*Œuvres*, t. I, p. 210.)

(1) *Le Christianisme dévoilé*, p. 135.

(2) *Tableaux des Saints*, p. 97.